

## En Guerra

Centro de Cultura Contemporánea de Barcelona,  
del 18 de mayo al 26 de septiembre de 2004

Hoy día resulta frecuente la atribución de un alto contenido explicativo al hecho cultural. No obstante, la concesión de esta autoridad interpretativa al campo de la cultura puede convertirse en un elemento de distorsión cuando el propósito es llevar a cabo un análisis crítico, ya sea de un capítulo determinado del pasado o del presente de carácter colectivo o particular, ya sea, incluso de la misma producción cultural. A menudo, estas percepciones comportan la omisión de elementos estructurales de primer orden relacionados con las formas sociales y económicas que rigen las sociedades.

A nuestro entender, en el comisariado de la exposición *En Guerra*, a cargo de Antonio Monegal, Francesc Torres y José M. Ridaó, se divisaba un celo culturalista más o menos sobredimensionado. A primera vista y si hacemos caso a la justificación teórica del montaje, una impresión general de la exposición podría ir por este lado. En efecto, en los cinco apartados temáticos (“la socialización de la violencia”, “la construcción del enemigo”, “hostilidades”, “victoria y derrota” y “memoria”) que dividían el recorrido expositivo predominaba una atención considerable sobre los aspectos culturales desde una óptica quizás demasiado monocausal. De esta manera, algunos de estos rasgos serían el origen de los conflictos bélicos y otros serían el resultado de sus secuelas. Sin duda, la presencia de estos factores es innegable, pero habría sido mucho más enriquecedor incluirlos en una visión más integradora, junto con cuestiones geopolíticas, ideológicas, sociales y económicas. Posiblemente, con esta incorporación esta exposición —que bien merece un notable— hubiese alcanzado un elevado grado de excelencia. Por lo tanto, pese a las carencias señaladas, en el CCCB se ha podido ver una muestra más que interesante, que, además, ha contado con una programación paralela que constaba de debates y una selección de películas y documentales de gran calidad. Afortunadamente, la paradoja que afecta a las visiones que aducen de un partidismo monolítico por las aproximaciones culturalistas radica en el hecho que los mismos productos culturales, cuando tienen la fuerza y la ambición de perdurar, acogen en su seno la diversidad de la realidad del mundo. Lo que implica la superación de cualquier reduc-

cionismo. Y, evidentemente, esto también se da en aquellas obras que tienen la pretensión de formalizar la experiencia de la guerra. En este sentido, en el conjunto del cuidado marco expositivo, los visitantes han podido apreciar un ingente muestrario de obras que reúnen estas características. Desde los dibujos y pinturas de autores como Paul Nash, Georges Leroux, Otto Dix, Georges Grosz, Kasimir Malevich, Leon Golub hasta los trabajos fotográficos impresionantes de James Nachtwey, Adi Ness i Simon Norfolk, pasando por los fotoreportajes de Robert Capa, Agustí Centelles, Larry Burrows, Don McCullin, los fotocollages de Martha Rosler, el vídeo de Daniel Reeves con Jon L. Hilton, las instalaciones de Alfredo Jaar y Francesc Torres o la sugerente serie fotográfica de David Levinthal. En fin, piezas, todas ellas, de un valor artístico a tener en cuenta y también, como es lógico, portadoras de un gran calado político en un sentido amplio del término. Al margen del acierto en la elección de las obras (de las cuales sólo hemos citado una pequeña parte), un comentario especial hay que dedicarlo a la sección denominada “la vanguardia literal” —que, debido a su naturaleza inédita, bien podría adjudicarse la categoría de exposición dentro de la exposición—. Es decir, aquellos pintores que, contratados por los ejércitos, reproducían escenas de combate de primera línea de fuego con el riesgo de perecer en su trabajo. Otra cuestión que no puede dejarse de mencionar es la metodología utilizada en el montaje. En efecto, inspirada en lo que ya son tradicionales postulados posmodernistas no siempre tan aceptados como parece, se hacía palpable un afán de contaminación en la disposición espacial de los materiales expuestos; o sea, de auténtica amalgama entre los productos que se considerarían de alta cultura y aquello que formaría parte del universo de la cultura de masas. Sin embargo, en algunas ocasiones esta loable propuesta perdía atractivo a causa de un apasionamiento fetichista excesivo y de la recreación de algunas escenografías innecesarias.

En resumen, *En Guerra* contenía suficientes aspectos positivos como para considerarla una exposición de gran relevancia. Tan sólo cabe fijarse en el esfuerzo detectable en la clasificación y la búsqueda de las obras presentadas. Lástima que en el discurso global del comisariado no se impuso la conceptualización plural de la guerra que sí se aprecia, por ejemplo, en la instalación *Memorial* (1992), cuyo autor es

Francesc Torres, uno de los comisarios. Teniendo en cuenta que el ámbito cronológico escogido era fundamentalmente el siglo XX, la exposición se hubiera beneficiado de una aproximación en torno a la violencia bélica menos asociada a una supuesta constitución congénita del ser humano. Hubiéramos preferido una mayor confianza en métodos de análisis y puntos de vista en los que el hecho cultural se integra, como parte y fruto, en la complejidad de los procesos históricos y en los que, obviamente, la misma cultura tiene un papel eminente. • Jordi Font Agulló



James Nachtwey *La pasión del Islam* 2004